

él, y que no escaseasen las persecuciones de los cristianos, á quienes por una política infame y perversa, se atribuían los males que sufría el imperio, cuando estos eran causados, como lo son siempre, por los pecados y desórdenes de los gobernantes.

Habiendo pues entrado san Andres en la provincia de Acaya, poseído de un espíritu de acendrada caridad y de unción evangélica, convertía á infinitos infieles hasta en la misma ciudad de Patrás, á pesar de las prohibiciones del procónsul Egeas, que resistía la predicación evangélica.

Pero san Andres, manifestando que Egeas no era juez de sus acciones en lo que tocaba á la religion de Jesucristo y á su conciencia, aunque le obedeciese en sus mandatos civiles, le increpaba libremente é insistía haciendo ostentación de ser servidor de Jesucristo, y estar dispuesto á morir ántes que renunciar á sus creencias, y obedecer al mandato de su Dios, que le habia hecho propagador de sus doctrinas.

No somos tan firmes en la fe, ni tan constantes en el cumplimiento de nuestras obligaciones los que hoy día, al menor contratiempo, al menor vaiven, nos dejamos llevar, impulsados por el temor, ó de una amenaza, ó de la mas mínima incomodidad que nos pueda sobrevenir.

Si Dios nos probase, como en otro tiempo lo hizo con san Andres, permitiéndole que en una persecución hecha contra la iglesia, fuésemos llevados ante un procónsul, como lo fué san Andres ante Egeas en Pratrás, y se nos dijese: «dejád de jactaros en Jesucristo, á quien palabras análogas á las vuestras «no sirvieron mas que para ser crucificado por los judíos» ¡Pocos insistirían en seguir predicando mas y mas lo que les prohibían, y el que no le negase por miedo, se contentaría con callar y cesar su predicación!

San Andres no obró de esta manera, y replicando á la conminación del que le mandaba dejar de predicar á Jesucristo, con desprecio de los ídolos, decia insistiendo mas y mas, «yo «inmolo, é inmolaré siempre al Dios único y solo todos los días, «no las carnes de los toros y la sangre de los corderos, con que «vosotros dirigís plegarias al demonio, sino al cordero inmaculado de Dios, cuya sangre y carne, á pesar de ser comida, «permanece siempre íntegra y viva.»

El apóstol san Andres con estas palabras, no solo manifes-

taba la resistencia firme que opondría á negar á Cristo y á dejar su predicación, sino que extendía la doctrina del sacramento de la Eucaristía, por medio del cual el hombre recibe el cuerpo sagrado de Dios, quedando y permaneciendo siempre vivo é inextinguible.

El procónsul Egeas, cada vez mas irritado con nuestro glorioso apóstol, mandó ponerle en la cárcel y le hizo llevar al efecto por sus soldados; pero el pueblo, convertido ya á la fe, y conociendo mas y mas la injusticia del procónsul, quiso oponerse á la prisión de san Andres, y fácilmente lo hubiera conseguido, si él mismo no les hubiese rogado vehementemente que no contrariasen las disposiciones del procónsul, impidiéndole de este modo aspirar á la corona del martirio, que era lo que él mas deseaba.

El apóstol san Andres, lleno de sabiduría y de divina gracia, conocía perfectamente que la sangre de los mártires era la que habia de dar mas extensión á la doctrina del Evangelio, y á trueque de que este se extendiese lo mas pronto posible, ansiaba el momento de verter la suya, porque contribuyese á la salvación de un número mayor de almas perdidas y extraviadas en la senda del error.

Nosotros alcanzamos á conocer por la historia, por la experiencia, y mas que todo por los anales de la Iglesia, el interés que toman los hombres, que no tienen corrompido el corazón, por aquellos que son víctimas de una persecución, y que sin la odiosidad que causan los criminales, van á sufrir la muerte con rostro tranquilo y sereno, y sin dirigir contra sus asesinos ni aún una mirada de aversión.

Esta es la causa por la que, en cualquiera acontecimiento que se nos cuente, ó en cualquier suceso que presenciemos, excite nuestro interés y lleve nuestras simpatías el que es víctima de la intriga, del sórdido interés ó de un puñal asesino. En este sentimiento innato de nuestro corazón, siempre propenso á compadecer al desgraciado, cuando no está corrompido y dominado por el demonio, se encuentra la razón del engrandecimiento que tomó una religion, que fué predicada á los ojos del mundo por el hijo de un carpintero muerto en un cadalso, entónces ignominioso, y secundada por unos pobres pescadores que no poseían mas que las redes de pescar.

San Andres primero que nosotros conoció las consecuencias

favorables á la propagacion de la fe en el martirio; lo deseaba, y por esa razon rogó tan vehementemente á la multitud que queria libertarlo, que no se opusiese á su encarcelacion mandada por el procónsul Egeas.

Pero esta abnegacion, esta acendrada caridad que le impulsó á desear el martirio por amor á su Dios ¿no merecen á nuestros ojos mas consideracion que esos hombres ilustres, esos hombres célebres, á quienes se da el nombre de valientes y la fama de héroes, porque exponen su vida con el objeto de vengarse en la sangre de sus enemigos? Ah! Si conforme el mundo se entretiene en elevar la fama y admirar los hechos, tal vez inicuos y bárbaros, de los que el vulgo llama héroes, se pasase á considerar lo que es el verdadero heroísmo, mas pensaria y hablaria de san Andres y demas santos que procuraron imitar á Jesucristo, exponiendo su vida por propagar su fe, y yo no me viera en la precision de recordaros sucesos de él, de que todos los mas estaréis ignorantes.

El acto de impedir san Andres al pueblo, que queria salvarle, rebelarse contra los mandatos de Egeas, haria un elogio completo por sí solo de la sublimidad del alma de san Andres, y del espíritu evangélico de que se hallaba animado. En él imitaba, en cuanto es posible á un hombre, aquella conducta sobrehumana de Jesucristo, cuando perseguido, vejado, maltratado é injuriado por los judíos, pedia á su eterno Padre por su salvacion.

Pero no fué la caridad solo lo que existia en su alma divina é inspirada: existia también la firmeza, fortalecida por la esperanza que tuvo siempre de imitar á nuestro señor Jesucristo, hasta en el modo con que sufrió su martirio.

Siguiendo Egeas en el propósito de hacer callar á san Andres ó de matarle, despues de encarcelado fué traído al tribunal, en el cual fué sentenciado á la pena que sufrió su divino maestro. Así el bárbaro Egeas, al tiempo que trataba de acabar con san Andres, procuraba mofarse del mismo Jesucristo, ó daba un voto de aprobacion á la inicu sentencia que dieron los judíos contra nuestro divino Redentor.

Pero tal condenacion y tal clase de martirio era lo que san Andres, lleno de fe y esperanza en su Dios, ambicionaba; y así es, que dirigido al lugar del martirio decia, segun lo cuentan los presbíteros y diáconos de la Acaya que vivieron en su tiem-

po: « ¡Oh buena cruz, que fuiste honrada con la muerte que « en tí se dió al Señor! Mucho te he deseado: con solicitud te « he amado; y sin intermision te he buscado: róbame de los « hombres y vuélveme á mi maestro, para que por tí me reciba « el que por tí me redimió. »

Con estas frases dignas de ser conservadas en la memoria de las gentes, se explicaba san Andres al ver acercarse el momento de espirar en la cruz. Pero á mas llegó su grandeza de alma y su amor por Jesucristo. Colocado en la cruz, de modo que su agonía fuese la mas lenta y penosa posible, estuvo por espacio de dos dias predicando desde ella la fe y la esperanza en Jesucristo, y á los dos dias espiró.

Asi terminó su gloriosa vida este apóstol, que fué el primero en seguir á su maestro, segun nos cuenta el evangelio, por lo que fué sin duda honrado con la misma clase de muerte que su divino Señor, y complacido en lo que mas ambicionaba, que era morir en la buena cruz, que produjo en su ánimo la explosion de afectos que hace poco os ocabo de referir.

Despues de manifestados hechos tan heróicos, y que harán siempre reverenciada la memoria del glorioso san Andres, poco harán á su honor palabras, coronas esparcidas por el aire, que tocando en el oído se disipen sin llegar al corazon, y que por dignas y buenas que fuesen, no llegarán á decir tanto como los hechos mismos.

Pero os hablaré de las virtudes que mas brillaron en los hechos de su vida anterior y posterior á su predicacion, y que fueron las que decidieron su permanencia en el cielo, donde goza el premio de ellas, colocado en uno de los doce tronos en donde serán juzgadas las tribus de Israel. Cuando san Andres no era mas que un simple judío, su carácter principal como inferiréis á la menor reflexion que hagáis sobre los sucesos de su vida, es la fe que tuvo en Jesucristo ántes de haber presenciado sus milagros y haber conocido todo el valor del premio que le esperaba. Al dejar las redes y seguir á Jesus, no hizo mas que seguir con fe á quien creyó el verdadero Mesías anunciado por los profetas.

Pero nosotros que sabemos los milagros que hizo Jesus, y que viviendo en un siglo de mas conocimientos, tenemos ocasion de admirar el continuo milagro, que con indescriptible magnificencia se obra á nuestra vista en la diaria vida de este

mundo lleno de maravillas ¿tenemos la fe de san Andres, que dejó la riqueza que constituía su existencia por seguir á Jesus, entónces desconocido por sus obras para él?

Y no creáis, no, amados oyentes, que el que deja una red al pié del mar, hace menor sacrificio que el que deja infinitas riquezas; porque todo es proporcional en este mundo, y con mas facilidad arranca sentidas lágrimas la pérdida de una cabaña que la de un palacio, porque el que no tiene mas que una cabaña y la pierde, lo mismo pierde que aquel que ve arruinado su palacio: sucediendo con frecuencia que la cabaña, ademas de las toscas maderas encierre recuerdos, que solo son vehementes cuando recaen sobre un objeto exclusivo.

Los testigos de nuestros placeres y nuestros dolores tienen para nosotros una cualidad, que no tiene otra clase de objetos; y la cabaña del pobre presencia mas escenas de la vida del que la habita, que el rico y lujoso palacio donde la variedad de habitaciones hace que de todas se conserve por su dueño una idea apagada, y no viva, como la que el pobre tiene de su cabaña.

Lo mismo sucede con los demas bienes que poseemos; todos aprecian los suyos en proporcion de lo que poseen, y el pescador que deja las redes que dan alimento para él y para su familia, hace igual sacrificio al que pudiera hacer el opulento magnate que abnegase las quintas, parques y demas de sus riquezas.

San Andres abandonó por la fe todo lo que tenia. Y nosotros por la fe viva, por esa fe que ilumina el entendimiento de los mas rudos ¿qué abandonamos? Nada; ni aún el mas insignificante de nuestros placeres, porque no nos parecemos á san Andres en nada, y hacemos la vida de los incrédulos, que se reduce á cuidarse poco de si ha venido ó no Dios al mundo, y darse ménos pena del objeto que le trajo á él. No abandonaremos, cuando el Señor nos llame, nuestras redes, ni la red de vicios que circundando nuestra existencia, nos hace caer en poder de Satanas. Y habéis de considerar, que aunque por seguir á Jesucristo dejáramos tanto como dejó san Andres, nunca tendria tanto mérito lo que nosotros hiciéramos como lo que él hizo; porque su fe no provenia de los motivos que continuamente están excitando la nuestra, no habiendo conocido ni los milagros obrados por Jesucristo, ni la excelencia de su doctrina, que nos ha sido revelada.

Ah! regocijense los cielos al poseer las almas perfectas, que á lamanaera de la de san Andres los habitan, y regocijese el orbe en sus alabanzas al tiempo que vosotros, si al aprender sus virtudes, seguís el impulso de los justos elogios que deben tributarse al primero de los apóstoles que siguió á Jesucristo, y procuráis la enmienda de vuestra vida.

La otra cualidad que san Andres manifestó en alto grado, fué la esperanza de los gozes eternos, como se demuestra en el lenguaje que usó en los últimos momentos de su vida, cuando en presencia de la cruz destinada á su martirio, daba gracias á Dios por la merced que le hacia, muriendo en la forma que el Redentor del mundo. Solo un alma dotada de la esperanza como la de san Andres, podia apetecer con el ansia que él lo hizo una cruz, en que habia de sufrir un prolongado martirio, y la esperanza sola pudo sostener su valor en los sufrimientos, sin cesar de predicar en los dos dias que pasó en la cruz, induciendo con sus palabras á la creencia en Jesucristo á los fieles, y á los verdugos y tiranos que le martirizaban.

La esperanza, ese benéfico rocío del alma, que alimenta y reverdece las virtudes del corazon agotadas por los sufrimientos, es un don que poseyó san Andres en un grado eminente, y que nosotros debemos fomentar, no para pensar en premios de este mundo, ni en el alivio de los dolores corporales, sino para alcanzar los bienes eternos concedidos al que bien espera.

Los dolores y pesares de la vida del mundo no son un mal, cuando se sufren como un medio de conseguir el fin que esperamos, así como no tiene por penosos los trabajos el militar que los pasa con la esperanza de la victoria. Nosotros tenemos una lucha reñida que sostener en el mundo; y la victoria no se decidirá en nuestro favor, si no tenemos esperanza en ella, y sostenidos en tan firme apoyo, resistimos los ataques que nos dirige el enemigo de nuestra salvacion.

Tú resististe bien sus ataques, divino mártir; y tú supiste arrojar á tus piés sus orgullosos intentos; porque su siervo el procónsul Egeas no pudo vencer con sus crueldades la esperanza que tuviste de ser pronto premiado de los dolores, que no pasaban de tu cuerpo material. Llor á ti, glorioso san Andres, que supiste separar tus intereses espirituales de tus dolores materiales; y miéntras los verdugos se ensañaban en tu cuerpo, tú elevabas el alma á tu Dios, sellando con tu sangre la

verdad de tu doctrina : con propagadores de ella y apóstoles como tú, no se vieran hoy menospreciados los altares, desatendido el culto, necesitado el sacerdocio, ni triunfante la orgullosa mirada de los enemigos de nuestra Religión. Tu fe y tu esperanza te conducirían á resistir toda clase de ataques dados á la doctrina de tu divino maestro ; y cuando procónsules como Egeas amenazasen tu existencia por cualquiera medio, sus ataques encontrarían la resistencia heróica que demostraste en tu martirio.

Pero nosotros no resistimos del mismo modo á los que nos prohíben jactarnos en Jesucristo ; y en verdad que este es un defecto que merece enmendarse, tratando de adquirir algo de las superiores virtudes de fe y esperanza, con que fué adornada el alma del apóstol san Andres. Ya goza él en el cielo el premio de la conversión que amonestaba á los que le perseguían, y sus consejos á nosotros vienen tambien.

Aceptémoslos, católicos oyentes, consideremos las ventajas que reportaremos de tener un protector en los cielos, siguiendo los ejemplos de san Andres, y abandonemos de una vez la vida incrédula, ó indiferente en la fe, dirigiendo nuestra expectativa á objetos diferentes de las expectativas de este mundo. No pensemos con esperanza en el éxito de nuestras intrigas amorosas ó interesadas, como hacemos comunmente : dirijamos nuestras miras mas allá de este mundo ; y cuando una cruz se presente que nos ha de martirizar, ó para que mejor lo entendáis, cuando nos sucedan desgracias, bendigámoslas con la fe y esperanza de que nos labrarán el camino de la vida eterna que os deseo á todos. Amen.

## SERMON

### PARA LA FESTIVIDAD DE SAN ANDRES.

(DE BOURDALOUE.)

*Ambulans Jesus juxta mare Galilee, vidit duos fratres, Simonem qui vocatur Petrus, et Andream fratrem ejus, et ait illis : venite post me.*

Caminando Jesus cerca del mar de Galilea, vió dos hermanos, el uno era Simon llamado Pedro, y el otro Andres, y les dijo : seguidme.

*S. Mateo, al c. 4. v. 18.*

Estas palabras de Jesucristo fueron una orden muy suave en la apariencia, y muy fácil de cumplir, pero en sí misma, y segun la intencion del Salvador de los hombres, esta orden habia de ser para los dos hermanos de nuestro Evangelio un empeño que habia de sujetarlos á las pruebas mas rigurosas : porque decirles : *seguidme*, era lo mismo que decirles, renunciáos á vosotros mismos, preparáos á padecer, estád determinados á morir, no os miréis sino como ovejas destinadas á la muerte, como víctimas del odio y de la persecucion pública, y como hombres sacrificados á la cruz ; en estas cortas palabras : *venite post me*, les daba á entender todo esto ; pues es cierto que la cruz era el camino por donde este hombre Dios intentaba ir, y segun sus máximas es imposible seguirle por otro distinto camino. Con efecto, cristianos, por este siguieron á su divino maestro estos dos bienaventurados apóstoles Pedro y Andres. Los dos merecieron morir en la cruz como Jesucristo, los dos tuvieron la ventaja de consumir en la cruz su glorioso martirio, y los dos correspondieron de este modo fielmente á su vocacion, y llegaron á ser los primeros secuaces y discípulos de un Dios crucificado. En esto (dice san Juan Crisóstomo) tuvieron como hermanos una semejanza perfecta : pero en cuanto á lo